

EL PAPEL DE LA CIENCIA ECONÓMICA

Diciembre de 2014

La irrupción de la crisis económica de 2009 ha tenido varias consecuencias, entre las cuales entendemos que las más graves son el aumento del desempleo, especialmente en Europa y en su vertiente mediterránea, la desigual distribución de los costes de la misma, afectando más a aquellos que menos tienen y, por lo tanto, la elevación de la desigualdad. También ha iniciado un debate profundo sobre la validez de las políticas económicas al uso, especialmente la política fiscal (rápidamente debilitada por el excesivo aumento de la deuda pública en multitud de países) y de la política monetaria, que ha tenido que buscar nuevos instrumentos de actuación dada la rapidez con la que bajaron los tipos de interés nominales hasta cero en los primeros meses de la crisis, en particular en Estados Unidos.

Sin embargo, una consecuencia más soterrada, pero no menos importante, ha aparecido en el corazón mismo de la ciencia económica. La incapacidad de predecir por parte de los economistas tanto la llegada de la crisis como su profundidad, y de solventar los problemas que más importan a la sociedad, ha provocado un amargo divorcio entre esta última y los primeros. Desde hace ya algunos largos años, en general, el aprecio que pudiera existir, si es que lo había, por esta ciencia y por los economistas, ha desaparecido.

Haciendo autocrítica, puedo asegurar que gran parte de la culpa de este divorcio es de los propios economistas. Por un lado, los economistas somos humanos, y como tales portamos mochilas cargadas de numerosos juicios de valor, que proyectamos sobre nuestras descripciones del ser y del deber ser de la Economía. Por otro lado, los propios modelos económicos, bases y fundamentos de la ciencia teórica, están contaminados por estos juicios, lo que implica la existencia de corrientes de pensamiento económico extremadamente diferenciadas, y contradictorias en la mayoría de los casos.

De este modo se hace extremadamente difícil discernir qué teoría es la más adecuada para explicar la realidad económica. Si tengo unos principios que guían mi explicación y, a través de la lógica, estos son capaces de hacerme llegar a la conclusión que deseo, puedo pregonar que mi teoría es válida. Más aún, por ser “mi” teoría, es y debe ser superior a la de los *otros* por el simple hecho de que es mía y porque moralmente es superior porque cumple mis principios. Surgen de esta manera multitud de escuelas de economía, desde los liberales a la sombra

del mítico, y mitificado, Hayek, pasando por los keynesianos adictos a las políticas de demanda, a los modernos neoliberales, neoclásicos y *neokeynesianos*, *friedmanitas*, comunistas, anarquistas, los definidos por un amigo como *poskeynesianos kaleckianos*, y últimamente, hasta *pikettistas*. Todos ellos son capaces de encontrar una explicación válida para los hechos económicos que concuerde perfectamente con sus principios regidores.

Paradójicamente, y a pesar del enorme número de “tribus” de pensamiento económico existente, la visión que desde la sociedad se tiene sobre la ciencia económica es que ésta es eminentemente neoliberal, algo que por supuesto, y por lo explicado en el párrafo anterior, es una visión excesiva e interesadamente parcial. Se acusa a la Economía de sostenerse en supuestos claramente irreales, o difícilmente comprobables, basados en el reduccionismo de que sólo el mercado puede ofrecer bienestar al ciudadano. Tal es el caso de la economía *clásica* basada en conceptos como la utilidad u otros como el de la racionalidad de los agentes económicos. Posiblemente sea cierto que una parte importante del *mainstream* de la economía actual se base en las anteriores premisas, lo que en parte otorga validez a esta crítica, y que parte de la clase política haya aceptado este paradigma económico, poniendo al pie de estos ideales liberales a la sociedad.

También ayuda a pensar en lo razonable de esta apreciación el hecho de que los primeros cursos de Economía, no sólo en los grados propios sino en otros muchos, son extraídos de manuales que mantienen la corriente clásica de la teoría económica. Conceptos como competencia perfecta, productividad marginal, maximización de beneficios, son los que en los primeros años se enseñan en las más importantes escuelas de Economía. Por último, la exacerbada modelización matemática de los problemas económicos basados en los supuestos anteriores, ha provocado finalmente un llamamiento por parte de estudiantes y profesores de algunas universidades afamadas, como la Sorbona de París, para un cambio en el paradigma económico imperante en la docencia de Economía. La consecuencia de estas apreciaciones por parte de diferentes grupos o escuelas de Economía es prácticamente la negación de la teoría económica actual para poder prever y explicar el comportamiento humano y, en consecuencia, la necesidad de construir una nueva que esté al servicio de los ciudadanos y no de los mercados mediante la construcción de un cuerpo de análisis nuevo.

Sin embargo, aquellos que enarbolan con radicalidad dichas críticas llegan a ciertas conclusiones que, además de poseer un elevado grado de escepticismo, pues niegan la incapacidad del ser humano de entender su comportamiento económico e incluso de proponer medidas para la mejora del bienestar del ciudadano, son fruto de un gran desconocimiento de la propia Ciencia Económica. Y esto es así porque desconocen los grandes avances que desde esta ciencia se

han obtenido en las últimas décadas, no solo para prever eventos económicos sino además para conocer las relaciones económicas que se repiten tanto en el espacio como en el tiempo. Este desconocimiento es especialmente intenso en varios ámbitos de la Economía. Resumiendo, se desconoce gran parte del cuerpo empírico que ha permitido conocer mejor la evolución y la interrelación de y entre multitud de variables económicas; se desconoce los grandes avances recientes de la econometría, como método de creación de conocimiento empírico; se desconoce la propia división entre economía real y economía financiera, con principios y leyes de comportamiento muy diferentes; se desconoce el verdadero sentido del lenguaje matemático en la Economía, como medio para el argumento lógico y no como un fin en sí mismo; se desconoce el verdadero objeto de estudio de la economía, y que no es el mercado como ente con vida propia y ajena, sino éste como resultado de las iteraciones de los individuos que desean satisfacer sus necesidades con recursos escasos dentro de una sociedad; se desconoce, en último lugar que entre el amplísimo cuerpo teórico y empírico de la Economía, mucho tiene por objeto no solo el análisis de estas relaciones de los individuos en los mercados sino además en parcelas eminentemente sociales, como son la educación o la sanidad. Todos estos errores son comunes a amplios grupos de críticos de la Ciencia Económica, errores que paso a analizar de forma más extensa en los próximos párrafos.

En primer lugar, se desconoce que existe en la actualidad un amplísimo volumen de trabajo asociado al análisis de datos. La Economía Aplicada, una rama fundamental de la ciencia económica, es cada vez más importante y fundamental. Si cabe, podríamos decir que los estudios basados en análisis de datos son cada vez más relevantes y, por supuesto, son los encargados de refutar tanto hipótesis como paradigmas. Un ejemplo sirve para entender bien el papel de la Economía Aplicada. Desde finales de los 70 y principios de los 80 se ha desarrollado un cuerpo teórico encargado de analizar y prever el ciclo económico, sus causas y su comportamiento. Los principales estudios se encuadraban en lo que los economistas hemos llamado ciclo económico real o *real business cycle* en inglés. Los supuestos y parámetros de estos modelos podrían encuadrarse como “neoclásicos” y de fundamentos microeconómicos: agentes con expectativas racionales, funciones de utilidad para los consumidores, maximización de beneficios para las empresas, etc. El nacimiento de estos modelos respondieron a la necesidad de modificar el paradigma del análisis macroeconómico debido a la incapacidad de los modelos estructurales de amoldarse a cambios en las condiciones en las cuáles los agentes toman sus decisiones, tal y como expuso Robert Lucas en su crítica de 1976. Sin embargo, el recorrido de estos modelos ha sido difícil ya que parte de las previsiones de los mismos no se ajustaban a la realidad empírica, por lo que en consecuencia debieron ser refinados. Este proceso, si queremos un paralelismo, responde al mismo hecho que sobre la

visión del universo se ha tenido durante siglos, si una hipótesis no encuadra con la realidad se modifica dicha hipótesis.

Por otro lado, en respuesta a estos modelos inicialmente neoclásicos y ante la incapacidad que mostraban para captar la evolución del ciclo, y ante supuestos alejados de la realidad como por ejemplo la neutralidad del dinero, surgieron otros modelos con filosofía parecida pero con puntos de partida diferentes: hablamos de los modelos *neokeynesianos*. Estos modelos han construido sus supuestos a partir de cientos o miles de análisis empíricos que han confirmado que la realidad los reproduce. Por ejemplo, estos modelos consideran la existencia de rigidez en la determinación de precios y salarios. Dicho supuesto se incluye en la base del modelo. Numerosos economistas han analizado dicha rigidez y efectivamente han encontrado que este es el proceso de domina en todos los países con una regularidad asombrosa.

Mediante este proceso de construcción teórica, en treinta años tanto un tipo de modelo como el otro han conseguido elaborar multitud de trabajos que han sido capaces de analizar y estudiar cómo se comportan las economías y cuyos resultados, indudablemente, se han alcanzado a la luz de los datos. Es más, desde la dicotomía inicial de ambos enfoques metodológicos, en la actualidad ambos modelos comparten muchas más similitudes que diferencias.

En segundo lugar, y muy relacionado con lo anterior, la econometría actual ha alcanzado una capacidad de análisis que se desconocía tan sólo unas décadas atrás, lo que ha permitido avanzar enormemente a la Economía Aplicada. El desarrollo de nuevas técnicas y métodos de estimación, así como la ayuda de las nuevas tecnologías y la inmensa disponibilidad de datos, han permitido avanzar en la capacidad del economista de aislar y controlar los efectos económicos de las variables, lo que ha permitido la selección de teorías y supuestos válidos frente a los que no funcionan. Más aún, muchos métodos econométricos son capaces de identificar, si existiera, no sólo la correlación sino además la causalidad entre dos variables, por lo que permiten refutar teorías. No obstante, si esto segundo no pudiera hacerse, la econometría no perdería su papel relevante en la ciencia económica. Es decir, en términos *popperianos*, el análisis econométrico está capacitado para conocer si entre dos variables no existe (co)rrelación tal y como prevé un modelo, por lo que necesariamente dicho modelo será refutado. Sin embargo, si la econometría encontrara evidencia de (co)rrelación se podría argumentar que dicho modelo, con esos datos y con dicho análisis no puede ser refutado. Es decir, la econometría es el instrumento que el método científico tiene para construir la ciencia económica, al igual que la experimentación lo es para construir las ciencias de la naturaleza.

Sin embargo, la propia econometría ha sido atacada torpemente con varios argumentos. En primer lugar, se cuestiona la validez de la misma, debido a su incapacidad de prever el futuro, la ocurrencia de ciclos económicos e incluso su magnitud. Ante esto, y a descargo, podemos afirmar que no es el papel de la econometría ejercer de *bola de cristal*. Es cierto que las habituales rectificaciones en las predicciones que los diferentes organismos nacionales e internacionales realizan son utilizadas como prueba de esta incapacidad. Pero la econometría no tiene ni puede tener sólo por objeto predecir comportamientos, sino principalmente debe poder aislar efectos entre variables. Y es este segundo trabajo el que realmente hace bien. Modelos micro y macroeconómicos como los LOGIT, PROBIT, de supervivencia, datos de panel, modelos en diferencia, variables instrumentales, métodos como el generalizado de los momentos, vectores autorregresivos, modelos ARIMA, así como muchísimos otros, permiten a día de hoy poder realizar estimaciones de relaciones entre variables con la seguridad elevada de no sólo estar midiendo correlaciones sino además causalidades.

Por otro lado, las rectificaciones de predicciones son habituales debido a la falta de información completa para poder realizar dichas predicciones. Por ejemplo, la evolución del PIB en el año $t+1$ se hace con información existente en t , y por lo tanto, todo aquello que suceda de modo imprevisible entre t y $t+1$ modificará tal predicción. Dado que estamos intentando prever variables que están fuertemente influenciadas por condicionamientos sociales, políticos, culturales y de otra índole, sería realmente sorprendente que cualquier organismo acertara más allá de seis meses en las predicciones realizadas. Por ejemplo y para hacernos una idea, las predicciones para 2014 no contaban entre la información existente en 2013 con que posiblemente hubiera una guerra en Ucrania ni cómo esta afectaría a las economías mundiales. Es por ello que, si asumimos que este conflicto ha afectado singularmente a economías como la alemana o la rusa, las predicciones que se hicieran en 2013 sobre estas dos economías serían con casi toda seguridad excesivamente optimistas con lo que finalmente ha ocurrido. Igualmente podríamos decir del efecto de la caída del precio del crudo sobre el crecimiento y por lo tanto el sesgo de dichas predicciones. Por lo tanto, pedir a la econometría esta virtud sería como pedir a un médico que acierte si vamos a contraer una enfermedad determinada en un año con información existente en el día que vamos a su consulta. Su incapacidad de predicción no invalida el análisis y las aptitudes que hay que reconocer al médico y a la Ciencia que lo respalda.

Sorprendentemente, otra de las razones por las que la ciencia económica ha ganado enemigos recientemente surge de un error de percepción, incluso entre los propios economistas. Desde principios de los años ochenta, el mundo ha experimentado un proceso de desregulación de los mercados financieros. El

resultado fue lo que, en una conferencia a raíz de la elevada cotización de las “punto.com”, Alan Greenspan, el entonces presidente de la Reserva Federal norteamericana, denominó como *exuberancia irracional*. Dicha exuberancia está detrás de las crisis financieras (y posteriormente reales) de 1987, 1998-2000, 2006-2007. Se acusó entonces a la Economía de ser incapaz de predecir dichas crisis o, en el peor de los casos, de connivencia con el poder financiero para otorgar respaldo moral a dicha desregulación. Ciertamente, estas crisis han tenido su reflejo en la economía real, provocando el efecto conocido de destrucción de empleo, disminución de bienestar y, por supuesto, mayor desigualdad.

Sin embargo, sorprende este error de percepción, pues la economía financiera es una parte, no la única, de lo que llamamos sistema capitalista. La otra componente es la economía real, la de la calle, y es su comprensión y entendimiento el objeto de la mayoría del cuerpo científico de la ciencia económica. Es más, el que el premio Nobel de Economía de 2013 se otorgara, entre otros, a Robert Shiller, teórico de la irracionalidad de los mercados financieros, no implica un menosprecio al resto de la ciencia, que intenta explicar otros comportamientos humanos.

Y esto es así porque desde mucho tiempo atrás se conoce que el comportamiento del mercado financiero está dominado por componentes psicológicos que implican, a la larga, que su variabilidad, inestabilidad y ajustes sean mucho más intensos que los que observamos en la economía real. El comportamiento gregario de los inversores, parte de ellos especuladores, determinan que los precios de los activos financieros se ajusten a la baja o al alza, muchas veces, sin razón alguna más allá de la propia euforia o el pavor de dichos inversores.

En la economía real no suele observarse este tipo de comportamientos, a menos que el bien que constituye un mercado, como por ejemplo la vivienda, se negocie no como si fuera un bien para el consumo o para la inversión productiva, sino como si fuera un activo financiero. Así, en los mercados financieros nos encontramos que su evolución sigue un patrón que podríamos denominar de *cisne negro* o *black swan*; es decir, lo normal no es lo que todos entendemos por normal. Es habitual que existan aumentos exacerbados de los rendimientos de los activos financieros para, poco tiempo después, conocer un ajuste sin precedentes o, al menos, muy intenso. La rentabilidad de la economía real no sigue ese patrón. Cualquier representación de la distribución de las tasas de crecimiento de una economía sigue una normal sencilla, con colas pequeñas (*cisne blanco* o *white swan*). Esto implica que el crecimiento económico basado en una economía de mercado sigue un patrón predecible y de fácil análisis. Lo normal en la economía real no son los *cisnes negros* sino los *blancos*.

Es en esta parcela de la Economía donde gran parte de la ciencia económica localiza su mirada; es aquí donde, al cabo de numerosos años, trabajos e investigadores hemos alcanzado una comprensión más detallada del comportamiento económico. Ciertamente que existen grandes lagunas, cierto también que existen parcelas en donde ni los economistas nos ponemos de acuerdo, algo que por cierto es natural en una Ciencia que crece, pero no es menos cierto que la proliferación de datos y análisis descriptivos y econométricos nos han permitido aislar efectos que parecen repetirse a lo largo y ancho del mundo y de la historia.

Se equivocan también aquellos que critican la elevada formalización de la economía. Es cierto que las matemáticas se han convertido, en muchos casos, más en el protagonista que en el medio con el que alcanzar el conocimiento económico. Las matemáticas, si queremos entenderlo de este modo, “desnudan” el pensamiento del economista dejándolo visible para todos y exponiéndolo a la crítica de todos. Un ejemplo servirá para explicar tal pensamiento. Supongamos que afirmamos que *un aumento del gasto público eleva la demanda agregada*. El entendimiento de esta afirmación es inmediata ya que hay una relación directa y unívoca. En este caso las matemáticas no son necesarias. Supongamos que complicamos algo la afirmación: *el aumento del gasto público eleva la demanda agregada así como los tipos de interés si la política monetaria no es lo suficientemente acomodaticia*. Para realizar esta afirmación podemos emplear varios párrafos explicando el porqué. También deberíamos explicar qué entendemos por “suficiente”, ya que para una afirmación que pretende representar la realidad resulta algo vaga, subjetiva o imprecisa. Sin embargo con una pequeña fórmula matemática y algunos cálculos sencillos podemos dar una idea mucho más concreta de lo que entendemos por “suficiente”. Por lo tanto las matemáticas sirven para ordenar lógicamente esta afirmación. Mientras la primera no puede ser discutida más allá del significado de “suficiente”, la segunda expone dicha aseveración en una pequeña fórmula que todos pueden entender y criticar. Por último, si ya queremos entender los efectos de una política monetaria no solo en los tipos de interés sino además en el empleo, el tipo de cambio y en el gap del OUTPUT ya es necesario un desarrollo teórico matemático amplio. En este último ejemplo, el discurso en prosa sin uso de matemáticas es muy limitado, por lo que imposibilita el acceso a conocimientos más refinados de la realidad.

Lo anterior me lleva a reflexionar sobre el carácter de ciencia que posee la Economía, aunque el que les escribe entiende que es infructuoso este debate. Lo importante es que en Economía, como en otras parcelas del comportamiento humano, el método usado para la descripción de los hechos y las propuestas de soluciones a los problemas sea científico. Esto significa que la ciencia económica, y sus modelos ya sean inductivos o deductivos, deben estar al juicio de la realidad. Dicho de otro modo, cualquier juicio que se eleve sobre un comportamiento económico debe ser contrastado así como organizado con un

lenguaje lógico. Por ejemplo, aseveraciones como “el Estado asegura la felicidad” o “el mercado permite aumentar la justicia social” no son más válidas, ni menos, que afirmaciones teológicas. No deja de ser metafísica, ya que es imposible contrastar tales afirmaciones, a menos que les preguntemos a todos los individuos del mundo posteriormente a un experimento controlado. La ciencia económica no puede encargarse de realizar tales aseveraciones, ni tiene sentido que pretenda contrastarlas. La ciencia económica debe encargarse de entender el comportamiento económico de la sociedad, entender los problemas derivados del mismo y plantear soluciones a tales problemas. Todo ello a la luz del foco del análisis riguroso y lo más objetivo posible.

Por último, y para finalizar, como se ha pedido desde diversos ámbitos, la Economía no tiene un compromiso con la sociedad ni con los mercados, ya que el objeto de la ciencia económica es simplemente comprender el comportamiento de dicha sociedad en tanto en cuanto es *homo economicus*. Por lo tanto, exigir que la Economía dé respuestas a la sociedad y no a los mercados en cuando menos insólita, al ser los mercados parte del comportamiento humano y organización social asociada a la satisfacción de las necesidades.

Por otro lado, acusar a la Economía de no tener en su agenda cuestiones sociales es, de nuevo, una muestra del desconocimiento de lo que hace esta ciencia. Por ejemplo, una rama de la ciencia económica, y en auge, es la Economía de la Salud. Los trabajos que en este campo se realizan tienen por objeto entender cómo la sociedad puede otorgarse a sí misma de modo eficiente los medios y las acciones que mejoren el bienestar de las personas asociado a su salud. No estamos hablando de gestión de recursos hospitalarios o de sistemas de salud, que también, sino generalmente de cómo tomar decisiones sobre el uso de los recursos que la sociedad tiene para maximizar el bienestar sanitario de la misma. Otro ejemplo es la Economía de la Educación, donde se evalúa no sólo el rendimiento económico privado y social del esfuerzo educativo de una sociedad, sino los modos y formas en cómo mejorar estos rendimientos. A su vez, intenta dilucidar qué incentivos, entre otras cosas, permiten alcanzar y mejorar las metas educativas de la sociedad. En tercer lugar, existen cada vez más y mejores técnicas que intentan evaluar políticas públicas. El interés de este tipo de análisis, que son simplemente empíricos, radica en la necesidad de conocer si las políticas diseñadas generan los efectos esperados o no lo hacen. La relevancia de estos estudios es máxima, ya que al contar las administraciones públicas recursos escasos, es importante maximizar su rentabilidad social. En cuarto lugar, otro ejemplo puede ser el avance experimentado no solo en el volumen de estudios sino además en la comprensión del por qué del avance actual de las desigualdades económicas, no sólo entre países sino también entre trabajadores y capitalistas o entre los mismos trabajadores. Dicha comprensión ha logrado identificar el por qué de gran parte de esta desigualdad así como de las posibles soluciones para

eliminarlas, o al menos, limarlas. En otro ámbito, los economistas han dedicado esfuerzos, por ejemplo, para diseñar sistemas eficientes y justos mediante subastas que permiten controlar y mejorar el funcionamiento de mercados donde la competencia es escasa para maximizar el beneficio del consumidor y la sociedad. Por último, y también a modo de ejemplo del “compromiso” social de la ciencia económica, el último y reciente Premio Nobel, Jean Tirole, ha dedicado gran parte de su actividad académica al análisis de los mercados y el diseño de regulación de los mismos para aumentar el beneficio que ofrecen al conjunto de los agentes económicos, en parte a los consumidores o ciudadanos.

En definitiva, creo que los ataques que la ciencia económica está sufriendo en los últimos tiempos sobre su supuesta subordinación a los intereses de un sistema económico determinado o un segmento concreto de agentes económicos son infundados o bien son realizados por el absoluto o parcial desconocimiento de lo que hace esta ciencia.

MANUEL A. HIDALGO
Profesor de la Universidad Pablo de Olavide